

Capítulo adicional de la trilogía Amor y virtud, de Rolly Haacht
www.trilogia-amoryvirtud.com | www.onyxeditorial.com

Corrección de texto: Arantxa Comes



La licencia de esta obra permite descargar el contenido y compartirlo con otras personas siempre y cuando se reconozca su autoría, pero no se puede cambiar de ninguna manera ni utilizar para uso comercial.

Este suceso tiene relación con el final del primer libro, por lo que retoma la trama en 1987. Emily apenas había formado parte de la historia de la familia, pero aquí empieza a tener contacto con los hermanos, introducida por Arabia. Lo que ocurre después ya lo sabéis por el segundo libro, o lo sabréis cuando lo leáis.

Recordatorio de la edad de los personajes en este episodio:

Louis casi 17
Zane cumple 20
Arabia 20

Emily 21
Jake casi 22
Derek 22

OCTUBRE 1987

APROX. 4 MESES DESPUÉS DEL ACCIDENTE DE TRÁFICO

VIERNES, 24 DE OCTUBRE

Arabia estaba recogiendo la mesa de la cena cuando él llegó. Estaba sola, porque había dejado que Zane y Louis se marchasen a sus respectivas habitaciones; eso era mejor que ver cómo se esquivaban el uno al otro sin decir apenas nada. No era que el pequeño de los Becker hubiese sido nunca muy hablador, pero al menos con Zane conversaba de vez en cuando.

Ahora ya ni eso.

Porque ahora el silencio inundaba la casa la mayor parte del tiempo. Aquella acogedora y familiar casa del barrio de Prinss estaba más vacía que nunca, lamentablemente.

Jake no dijo nada cuando hizo su aparición, pasadas las nueve de la noche. Se dirigió a la barra de la cocina, colocó una bolsa de papel sobre ella y empezó a sacar varias latas de cerveza de su interior. Arabia se sentó en una de las sillas y lo observó mientras tanto.

—Adelante, vas a juzgarme —dijo él—. Hazlo.

—No iba a decir nada —respondió con sinceridad.

Ya tenía bastante con la situación en la que se encontraba como para andar sermoneando al mayor de todos ellos.

—Por mí no te cortes, en serio.

Arabia continuó atenta a sus movimientos. Jake arrugó la bolsa y luego fue a buscar algo en uno de los armarios de enfrente. Sacó la vieja cubitera y acto seguido fue a la nevera para llenarla de hielo. Después regresó a la barra y empezó a introducir las latas.

—¿Y bien? —añadió durante el proceso.

Ella suspiró.

—Si esperas que te diga algo es porque ya tienes una réplica preparada, y no te daré el gusto.

Jake paró unos segundos para mirarla con detenimiento.

—Como quieras —concluyó.

Cuando él se marchó al piso de arriba, ella apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a la cara para frotarse los ojos. Era viernes. No podía creer que Jake fuese a pasarse toda la noche bebiendo en su habitación. Había hecho alguna locura como esa poco después del accidente, pero no durante los dos últimos meses. Pensaba que ya había superado esa fase, pero, por lo visto, no.

Mientras terminaba de recoger y de limpiar la cocina, trató de no pensar en ello, pero fue en vano. Era incapaz de dejar estar las cosas sabiendo lo que iba a suceder. Conocía demasiado las posibles consecuencias de aquel acto. A Jake no se le daba bien dejarse llevar por el alcohol, estaba más que comprobado.

Se armó de valor y, cuando ya estaba en el pasillo encarando el segundo tramo de escaleras que la llevarían a la buhardilla, con Zane, rectificó sus

pasos para ir justo al otro extremo, hasta la última habitación, al fondo a la derecha. Tocó la puerta con los nudillos y esperó, intentando convencerse de que aquello no era una mala idea y de que estaba a tiempo de impedir que Jake se emborrachase en soledad.

Como era de esperar, él no dijo nada.

Arabia volvió a tocar.

—Soy Ari. ¿Puedo pasar?

Cinco segundos después, Jake contestó:

—Lo siento, Ari. No me apetece compartir mis últimas adquisiciones. Prueba mañana.

Puso los ojos en blanco y agarró el picaporte. Contó hasta tres y entró sin más.

—Oh, vaya, qué sorpresa —dijo él al verla.

Jake estaba sentado en la ventana, como de costumbre, con una de las latas. Hacía mucho frío como para que él hubiese decidido ponerse ahí, y Arabia cerró tras de sí en un intento por que el aire que se colaba no invadiese el resto de la casa.

—Ahórrate el sermón, de verdad —continuó Jake—. Los dos sabemos lo que vas a decir, pero es que hoy no tengo ganas de escucharte.

Intentó no sentirse ofendida por el comentario.

—Para no querer escucharme, tú estás inusualmente hablador.

—Eso es porque no estoy en plenas facultades. —Jake señaló la bebida que sostenía y luego le dio un trago—. Esta no es la primera cerveza, como comprenderás.

Arabia puso los brazos en jarras y añadió:

—Está bien, dilo. ¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—Que por qué has decidido emborracharte hoy, aquí, tú solo.

Jake cambió de posición para ponerse de cara a ella, todavía en la ventana. Sonrió de medio lado, pero con tristeza.

—Porque no tengo un buen día.

—¿Eso es todo? —le preguntó, consciente de que era más que suficiente dadas las circunstancias.

—Sí —repuso él bajando la cabeza, dándose por vencido.

—Pues déjame decirte que es una pésima idea.

—Tienes razón.

—¿La tengo?

—Tú siempre tienes razón, Ari.

Dicho lo cual, se levantó de la repisa, apuró lo que quedaba del bote de cerveza hasta terminarlo y luego cerró la ventana. Arabia pensó que su breve discurso había surtido efecto, pero se equivocó. Jake cogió otra lata, la abrió y se sentó en la cama. La miró antes de beber.

—¿Vas a quedarte aquí mientras bebo? ¿Ese es tu plan? —Arabia estaba tan sorprendida que no dijo nada—. No me importa, pero creo que terminará resultando incómodo tanto para ti como para mí.

—Da igual lo que diga, no vas a cambiar de idea, ¿verdad? —dijo al fin.

Por toda respuesta, Jake bebió mirándola directamente a los ojos.

Está bien, pensó Arabia, *que haga lo que quiera, ya se arrepentirá mañana*. Pero entonces, al pensar en el día siguiente, se acordó de algo.

—Antes de irme, quería decirte una cosa... Preguntártela, más bien —continuó—. ¿Crees que puedes dejar de beber un segundo para escucharme?

—Puedo hacer las dos cosas a la vez.

—No —repuso, tajante—. No puedes.

—Sí, mira. —Jake empezó a beber y con la mano libre la animó a hablar.

Arabia se cruzó de brazos y se apoyó en la pared, a la espera de que terminase de hacer el idiota. Cuando eso pasó, Jake dejó la lata en el suelo y se rio con ironía.

—¿Si te presto atención me dejarás en paz?

—Sí, y créeme: estoy deseando hacerlo.

Jake se arremangó la camiseta y apoyó los brazos en las rodillas separadas, juntando las manos, dispuesto a escucharla.

—¿Y bien? ¿Qué es eso que quieres decirme?

—Hoy es el cumpleaños de Zane —empezó a decir—. Lo ha sido, más bien. —La expresión de Jake ante el recordatorio no le pasó inadvertida. Bajó los ojos durante unos segundos y expulsó el aire por la nariz, pero no dijo nada, así que continuó—: A ella no le apetecía que lo celebrásemos y por eso nos hemos limitado a cenar como cada día. Sin embargo, mañana es sábado, y había pensado en organizar algo. No sé si lo sabes, pero llevo un tiempo quedando con Emily y ha estado alguna vez en casa con Zane y conmigo.

—¿Emily Wathson?

—Sí.

—¿Ha estado en casa?

—Un par de veces, sí. Eso he dicho.

Arabia sabía de sobra que el nombre de aquella chica captaría su atención. Después del accidente, Emily había tratado de acercarse a Jake para mostrar sus condolencias, pero él no había querido tener contacto con nadie más allá de lo estrictamente necesario, es decir, del trabajo.

Desde aquel día en que la chica le habló sobre las virtudes y sobre su posible significado, habían forjado un pequeño lazo de amistad. Emily resultó ser la vía de escape de Arabia cuando el peso que cargaba ayudando a su mejor amiga la había hecho desfallecer. Reinstalarse en Prins después de que los padres y la prima de Zane perdiesen la vida en aquel trágico accidente había sido un enorme sacrificio. Había tenido que hacerse cargo de la familia. Nadie se lo había pedido, eso era cierto, pero ella no vislumbró ninguna otra alternativa. Zane se quedaba sola la mayor parte del tiempo, pues era la única que no había podido reincorporarse a la cotidianidad. Había dejado la universidad y no salía de casa. Casi ni siquiera salía de su habitación hasta que Arabia se mudó allí y la obligó a hacer las tres comidas mínimas diarias.

Emily era una bendición y la había ayudado mucho. Además, a Zane también le caía muy bien. Las tres tenían una conexión inexplicable, algo que Arabia jamás habría imaginado, pues, después de comprobar que ninguna de sus compañeras de instituto o de universidad tenían algo que ver con Zane, había dado por perdido el hecho de tener alguna otra amistad verdadera aparte de la de ella.

—El caso es —prosiguió, después de que Jake simulase que aquel había sido un dato del todo irrelevante— que me gustaría invitarla a casa mañana. He pensado en hacer una tarta y proponer algunos juegos. Creo que Zane no podrá negarse a participar si viene Emily.

—¿Y cuál es la pregunta?

—No es una pregunta. Más bien, te pido permiso.

—Permiso, ¿para qué?

—Para invitar a Emily. —Como Jake continuó igual de extrañado, siguió—: Mañana es sábado. Sé que tienes el día libre. Quiero saber si te importa que organice aquí la fiesta para Zane y si te incomoda la presencia de Emily.

—Perdona, yo... —Jake se levantó y regresó a la ventana, pero no la abrió. En su lugar, volvió unos pasos y apoyó las manos sobre la mesa del escritorio—. No sé qué decirte, la verdad. Es que me estás pidiendo permiso, y no sé por qué.

—Porque esta es tu casa.

—También es la tuya.

Arabia no fue capaz de sostenerle la mirada cuando él se incorporó para darle aun más significado a lo que acababa de decir.

—Lo sabes, ¿verdad? —añadió acercándose a ella, serio. Muy serio.

No pudo evitar apartarse por su cercanía. Jake no solía ser tan directo. Ni siquiera solía hablar durante tanto tiempo. Estaba claro que uno de los efectos que el alcohol producía en él era la desinhibición.

—No te apartes, ¿por qué te apartas? —Cuando volvió a mirarlo estaba sonriendo. Pasó por delante de ella y fue hacia la puerta. La abrió—. Si preguntarme sobre lo de mañana era todo lo importante que tenías que decir, creo que ya ha terminado nuestra conversación.

Jake se dejó caer sobre la cama y Arabia volvió a la realidad. No podía creer que él le hubiese abierto la puerta para despacharla.

—Nuestra casa es tu casa, Ari. Siempre ha sido así, así que haz lo que te venga en gana y no vuelvas a pedirme permiso. Haces que me sienta realmente estúpido por eso.

Estuvo a punto de marcharse sin añadir nada más, pero entonces paró en seco y se giró hacia él.

—Ojalá algún día dejes de hacer eso, Jake.

—Hacer, ¿qué?

—Ser amable un instante y, para compensar, volver a ser un grosero.

Jake se quedó un buen rato tumbado sobre la cama mirando el techo cuando Arabia se fue, tratando de estabilizarse a nivel físico y mental. La habitación le daba vueltas, pero todavía podía controlarlo si dejaba un pie apoyado en el suelo y se concentraba lo suficiente. No continuó bebiendo. De hecho, una hora más tarde, cuando se sintió lo bastante despejado, se incorporó y recogió las latas que había dejado esparcidas. Las echó dentro de la cubitera junto con las que quedaban llenas y bajó a la calle. Volcó todo el contenido dentro de uno de los contenedores y regresó a casa.

SÁBADO, 25 DE OCTUBRE

Al día siguiente, Arabia salió de casa temprano y sigilosa hacia el supermercado. Nunca había hecho una tarta a solas, pero sí había ayudado en la elaboración de alguna de las de Sara. Además, Emily había prometido ayudarla, pues sabía algo de repostería por su anterior empleo.

Compró más cosas para la pequeña fiesta, aparte de lo necesario para el pastel, pero no se excedió demasiado. Al fin y al cabo, solo serían tres en la

celebración, máximo cinco, si Louis y Jake decidían unirse, aunque lo dudaba.

Los chicos no solían estar en casa los fines de semana. De normal, desaparecían por la tarde y no regresaban hasta bien entrada la noche. Qué es lo que hacían era un verdadero misterio. Louis era todavía un adolescente, pero no había nadie que le pusiera restricciones y hacía y deshacía a su antojo. Arabia no podía tomar cartas en el asunto en ese sentido. No era de su incumbencia, por mucho que considerase inapropiado que nadie estuviese pendiente de él. De eso debería haberse ocupado Jake, pero, por lo visto, no estaba por la labor. No estaba por la labor de nada, en general, más allá de ir a trabajar y arreglar cuentas a fin de mes.

Arabia se limitaba a ocuparse de Zane e informar a Jake si necesitaban algo. Había tenido que dejar su trabajo en el Purist Coffee, en parte por petición y presión suya. Con las clases de la universidad y el trabajo no podía estar pendiente de Zane, y ella necesitaba a alguien de manera constante. De lo contrario, se olvidaba de comer, o incluso de salir de la cama. Habían sido unos meses difícilísimos, pero poco a poco empezaba a recuperarse. Por eso Jake le había pedido que renunciase a su empleo. Él trabajaría el doble si era necesario con tal de que hubiese alguien pendiente de la salud de su hermana. Y así había sido.

De camino a la zona de cintas de pago, pasó por la de los juegos. No tenía muy claro qué quería regalarle a Zane, pero sí sabía que tenía que ser algo que involucrase a todos los que quisieran participar. Entonces vio la caja del famoso Twister. Recordaba haber jugado a ese juego cuando iban al instituto, y recordaba también a Zane divirtiéndose mucho. Se sintió muy

orgullosa de su adquisición y no dejó de sonreír hasta que regresó al coche con todas las compras.

Al llegar a casa, se hizo una ensalada, llamó a Emily para concretar una hora de encuentro con ella y empezó a organizarse mentalmente. Como sabía que Zane se quedaría en casa durante todo el día, preparó un cuenco de fruta para ella y subió a llevárselo y a pedirle que no bajase al salón bajo ningún concepto. Como de costumbre, su amiga no tenía mucho ánimo a pesar de haber sido su cumpleaños, e insistió en que no quería que se organizase nada, pero Arabia logró convencerla para que no le arruinase la pequeña sorpresa. De regreso al salón, se percató de que las puertas de las habitaciones de Jake y de Louis estaban abiertas. Era evidente que no estaban en casa.

Ya en la cocina, se puso el delantal y empezó con la elaboración de la tarta. Emily llegó menos de una hora después y juntas terminaron de prepararla antes de meterla en el horno. Luego movieron la mesa y colocaron las cosas que Arabia había comprado para el picoteo. Por último, pusieron a freír las patatas fritas y cocinaron los perritos calientes.

Jake apareció sobre las cinco, de repente y a toda prisa. Fue directo hacia Arabia y le preguntó si podía llevarse su coche. Ni siquiera saludó a Emily.

—¿Mi coche? ¿Ahora? Pero si...

—Por favor, Ari. Es importante. Te lo devolveré enseguida.

—¿A qué se debe tanta urgencia? —le preguntó, preocupada—. ¿Qué es lo que pasa?

—Tengo que hacer una cosa. Por favor.

—¿Estarás de vuelta para la fiesta de tu hermana?

—¿Mi respuesta depende de la tuya?

No podía creer que estuviese hablando en serio.

—De acuerdo, olvídale. Haz lo que te dé la gana. —Se metió la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones y sacó las llaves del Ford Scort—. Aquí tienes.

Jake estuvo a punto de quitárselas de la mano. Su impaciencia resultaba abrumadora.

—Gracias —le dijo con retintín, como si lo que le había pedido hubiese sido un gran acto de bondad—. Adiós.

—Parecía nervioso —apuntó Emily cuando se marchó.

—No tendría que haberle dado las llaves —se lamentó Arabia—. ¿Por qué lo he hecho? No se lo merecía.

—Porque parecía desesperado, ¿no?

Sí..., era cierto. Pese a eso, Arabia estaba enfadada por su comportamiento, por haberle hablado así delante de su amiga. ¿Qué se había creído? Su tristeza no le daba derecho a ser un tirano con la única persona que se preocupaba por él. Se lo haría saber en cuanto tuviese ocasión. Estaba decidido, porque al volcar en ella todo su malestar, la hacía sentirse terriblemente mal, y no era justo. En absoluto.

Emily se encargó de que se despejara de aquel imprevisto encuentro y terminaron de cocinar.

Louis llegó cuando estaban acabando de emplatar la comida.

—¡Qué bien huele! —dijo—. ¿Es la cena para la fiesta de Zane?

—Sí. ¿Vas a quedarte?

Arabia se alegró de que se hubiese acordado, aunque no estaba muy segura de si él había llegado a casa a la hora planeada de manera casual o voluntaria.

—¿Puedo?

—¡Claro! Hemos hecho perritos de sobra.

—Nunca hay perritos de sobra si cuentas con Jake —comentó mientras se quitaba la chaqueta y se acercaba a la mesa—. Vendrá, ¿no?

—Bueno... Hace un rato dijo que necesitaba mi coche para ir a algún sitio, así que no hemos contado con él.

—¿Pero le has dicho lo de la fiesta?

—Sí, claro.

—Entonces vendrá.

Arabia y Emily se miraron, confusas, pero no le dieron importancia. Iban a celebrar la fiesta con o sin él; lo mismo daba que Louis tuviese la esperanza de contar con su presencia. La única persona importante para el humilde evento era Zane, y esperaba que ya estuviese vestida y lista para bajar a merendar.

—Voy a ir a por ella —anunció Arabia. Vio que Louis se acercaba al plato de las patatas para coger una, entonces añadió—: Está prohibido empezar antes de que llegue la cumpleañera.

—Oh, vamos, solo una.

—No...

—Además, su cumpleaños fue ayer, ¿qué importa?

Arabia sabía que Louis estaba de broma, lo cual era beneficioso, pero era un adolescente de lo más testarudo, y eso la exasperaba, así que se puso seria.

—Importa, Louis. Por favor, espera cinco minutos. No te pido más.

—Caray, qué carácter —protestó dirigiéndose hacia el sofá—. Está bien, esperaré aquí sentado. ¿Estoy lo bastante lejos de la mesa?

Decidió no tomarse a pecho su último comentario, en parte porque Emily la miró para darle el apoyo moral que necesitaba, y subió a por Zane. Para su sorpresa, no se había vestido. No había salido de la cama siquiera.

—¿Zane! ¿Por qué estás todavía ahí metida?

—No me encuentro bien...

Era la justificación que más había utilizado en las últimas semanas. Zane se escudaba en su anemia para no hacer frente a determinadas situaciones, cuando lo único que tenía era malestar general. Arabia había aprendido a distinguir cuándo decía la verdad y cuándo solo era una vulgar excusa. La conocía demasiado.

—Me habías prometido que lo intentarías —le dijo con cautela.

—Y lo he intentado.

—No. Por supuesto que no. Quedarse metida en la cama no es intentarlo, Zane. No trates de convencerme de lo contrario.

Sabía que su tono era severo, al igual que sabía que a veces esa era la única manera de hacerla reaccionar.

—Lo siento, Ari. Es que no puedo... Hoy no quiero..., no tengo hambre, ¿entiendes? Y no me apetece divertirme.

—¿Quién ha dicho que vas a divertirte? —le preguntó con ironía—. ¿Qué te hace pensar que he preparado algo divertido ahí abajo? ¡O sabroso! ¿Por quién me tomas?

Zane sonrió, a pesar de todo. Arabia se concedió un punto a su favor y se acercó a la cama.

—Me conformo con que lo intentes, te lo prometo. —Zane la miró con pesar, y estaba a punto de decir algo cuando ella continuó—: Lo único que tienes que hacer es ponerte algo cómodo, recogerte el pelo en una coleta,

bajar ahí abajo y sentarte en la mesa. Si luego decides que no merece la pena, lo entenderé y no me enfadaré. Tendré que comérmelo todo yo sola, pero podré soportarlo.

—¿Seguro que no te enfadarás?

—No si lo intentas.

—Está bien...

Mientras su amiga se vestía, Arabia aprovechó para rehacerle la cama y para ordenar algunas cosas que había dejado por en medio antes de salir de casa por la mañana. No le pasó inadvertido el hecho de que el cuenco de frutas que le había dejado en la mesita de noche hacía unas horas continuaba intacto. Lo recogió para llevarlo de vuelta a la cocina antes de que las piezas se quedasen más pochadas de lo que ya estaban. Zane no dijo nada al respecto al verla bajar por las escaleras con él, y Arabia tampoco lo mencionó, porque esperaba que comiera durante la merienda.

—¡Emily!

La cara de su mejor amiga se iluminó cuando vio a la persona que había invitado a su fiesta, que más que una fiesta era una pequeña reunión. Zane fue directa a abrazarla y Arabia se alegró de que le hubiese gustado la sorpresa.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un par de horas, creo —repuso Emily—. Puede que más.

—¿Cómo es que no me lo has dicho? —le preguntó Zane a Arabia.

—Es lo que tienen las sorpresas, Zane —dijo Louis—. Si te las cuentan dejan de serlo.

Las tres se echaron a reír por la intervención del chico, y después se sentaron y empezaron a comer de todo lo que había. Arabia había puesto,

además de los perritos y las patatas, platos con galletas y golosinas. Una mezcla de las que no podían terminar bien, y que solo tenían sentido los días de celebración con la excusa de *un día es un día*.

Emily fue la primera en entregar su regalo. A Zane se le iluminaron los ojos cuando abrió el paquete, que contenía un suéter de color verde con su nombre bordado a la altura del pecho. Por un segundo, Arabia sintió que, al lado del regalo de Emily, el suyo no valía nada, pero aun así se lo dio a Zane. Por suerte, su mejor amiga estalló en agradecimientos cuando descubrió que se trataba de un Twister.

—¡No me lo puedo creer! ¡Vamos a estrenarlo ahora mismo!

—¿Te apetece?

—¡Sí! Por favor, ¡juguemos! Tenemos que hacerlo.

Ordenaron a Louis que empezase a recoger la mesa mientras ellas tres sacaban el juego del interior y lo extendían en el suelo.

—Qué emocionante —comentó Zane al repasar las reglas.

Arabia la miró y se sintió muy orgullosa de lo que había conseguido aquella tarde. Zane estaba radiante, feliz. Se la veía viva. Estaba viva. Ojalá aquello fuese solo el comienzo de una recuperación anímica definitiva.

Fue justo cuando Zane hizo rodar la aguja por primera vez, esperando su primer movimiento, cuando escucharon la llave en la cerradura. En cuanto se abrió la puerta y vieron aparecer a Derek, se quedaron sin habla, todos a excepción de Zane. Ella chilló y corrió hasta él para lanzarse a sus brazos. Derek actuó en consecuencia dándole una vuelta en el aire.

—No puedo creerlo —repetía Zane una y otra vez—. ¡Has venido! ¡Estás aquí!

Jake apareció poco después y se acercó a Arabia para devolverle las llaves del coche sin decir una sola palabra.

—Toma, te he traído algo.

Derek le entregó a Zane un nuevo paquete, tras esperar a que se calmase por la emoción de tenerlo en casa. Resultó ser un bote de colonia con forma de osito. A Arabia le resultó un poco infantil, pero a ella le encantó y lo agradeció enormemente, como todo aquel día.

Después de que todos se saludasen como era debido, de que le preguntasen a Derek por la pequeña Danielle y por Ashley —cuyas respuestas fueron bastante escuetas—, los recién llegados se sentaron a comer lo que quedaba de comida.

—Por favor, decidme que puedo unirme a ese juego en cuanto termine con esto —preguntó Derek con el último perrito en una mano y señalando con la otra la lona del Twister.

Antes de que empezasen con el primer turno, Arabia ya se había dado cuenta de dos cosas. La primera era que Emily se había puesto nerviosa por la aparición de los hermanos mayores de la familia, eso era evidente, y ocurría lo mismo al contrario. Ellos trataban de aparentar que no les afectaba su presencia, pero se notaba en sus movimientos, incluso en las palabras que Derek utilizaba. Jake no había dicho prácticamente nada, pero ahí estaba, más incómodo que de costumbre en compañía de otras personas. La otra cosa era que, a pesar de que Zane había dicho en un par de ocasiones lo increíble que resultaba que Derek hubiese acudido a la fiesta por sorpresa, él no había mencionado en ningún momento que todo hubiese sido idea de Jake. Y Arabia estaba segura de que había sido de tal modo, por la forma en la que se miraban el uno al otro durante esos breves momentos.

—¿Preparo más perritos? —le preguntó a Jake cuando se quedaron sin existencias y los dos hermanos se levantaron para ayudar a Louis a recoger.

—No. Lo haré yo. Vosotros podéis empezar a jugar.

—¿Tú no te unes? —le consultó Zane.

—Ni de coña.

—¡Vamos! No te hagas de rogar...

—No insistas, Zane. No voy a jugar, y no quiero tener que sonar más grosero para que dejes de pedírmelo.

Arabia captó la indirecta, pero no pudo hacérselo notar, porque ya estaba de espaldas en la cocina. Odiaba que se comportase así. Lo odiaba sinceramente.

—Bueno, ¿quién empieza? —Derek lanzó al aire la pregunta.

—La cumpleañera, por supuesto —respondió Emily.

—¡Allá vamos!

Estuvieron mucho rato jugando, en varias partidas. Cuando se liaban demasiado, siempre había alguien que se retiraba para que los tres restantes pudiesen seguir un poco más. Jake se había quedado observando con disimulo desde la cocina, mientras terminaba de comerse los últimos perritos. A su lado en la barra, Louis no les quitaba el ojo de encima a los participantes, por lo que su hermano mayor le dio un par de collejas cuando se movía para observar mejor. A Arabia le entraba la risa cuando eso sucedía, y tenía que rendirse de forma voluntaria.

Zane ganó todas las veces, a excepción de un par en las que ganó Emily. Sin duda, porque la primera era la más flexible, y la segunda, la más pequeña. Derek había resultado el más perjudicado, teniendo que hacer pleno uso de

sus pocas cualidades acrobáticas para poder sostenerse sin chafar a ninguna chica en el intento. Estaba sudando cuando decidieron dar por concluida aquella divertida sesión. Zane lo abrazó por detrás.

—Gracias por venir. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Hasta el martes. ¿Te parece bien?

—Me parece maravilloso.

—Yo creo que debería marcharme ya —intervino Emily comprobando la hora de su reloj.

—¿Seguro que no quieres quedarte un rato más? —le preguntó Arabia.

—Le dije al chófer de mi padre que viniese a por mí, y me temo que ya debe de llevar un rato esperándome.

—¡No! No te vayas todavía —suplicó Zane—. Aún podemos jugar a algo más, o ver una peli. Me encanta ver pelis en familia, y ya que ha venido Derek...

—Yo podría llevarte después —sugirió Arabia—. Puedes salir a decirle al chófer que se marche, si quieres quedarte.

—¿De verdad?

—Claro. No me cuesta nada.

—Además, hay palomitas.

Jake los pilló a todos desprevenidos con el último comentario. Cuando se giraron para mirarlo, él todavía tenía la boca llena.

—¿Qué? —preguntó ante las atentas miradas.

Jake se retiró hacia el fregadero cuando las chicas rieron por su intervención espontánea, para disimular el rubor que eso le había provocado.

—Está bien. Me quedo —anunció Emily—. Iré a avisar al chófer, no tardo nada.

Cuando salió, Arabia ayudó a Zane a recoger el juego, Louis se dejó caer en el sofá y Derek rodeó la barra y se colocó cerca de Jake.

—Así que hay palomitas —le dijo con retintín.

—Sí, tú riéte —replicó Jake—, pero recuerda que eres tú quien está casado.

Arabia no pudo evitar poner los ojos en blanco al darse cuenta de que se trataba de un duelo. Por Emily, concretamente. Le iba a hacer gracia cuando le contase que su teoría sobre las virtudes se había ido al traste en el mismo momento en que habían coincidido todos en una misma estancia. A Arabia, sin embargo, no le hizo tanta, y no pudo evitar sentirse inferior respecto a los encantos y atractivos de Emily. Era una chica preciosa, sí. No podía negarlo. Y era encantadora. Emily era una de esas personas que la gente quiere tener cerca el resto de su vida.

—¿Qué les pasa a esos dos? —preguntó Zane, al darse cuenta de que Jake y Derek se miraban enfrentados.

—A saber... —mintió Arabia. Estaba casi segura al cien por cien de que no iba mal encaminada con sus suposiciones.

—Chicos —dijo su amiga acercándose a ellos—. Es mi cumpleaños, me hace muy feliz que estéis aquí, así que, por favor, no discutáis hoy. ¿Qué tal mañana? Mañana tendréis todo el tiempo del mundo, ¿verdad? —Zane tiró de Derek para arrastrarlo hacia el salón—. Ahora vamos a ir acomodándonos para ver la programación de esta noche. Daría lo que fuera por una comedia romántica.

—Me parece que no es comedia —comentó Louis—, pero va a empezar una titulada *Fuego con fuego* que tiene toda la pinta de ser de las que te gustan.

—¿*Fuego con fuego*?! —Zane corrió hasta situarse frente al televisor—. ¡No puedo creerlo! Salió el año pasado y no pude ir a verla al cine. ¡Ari! ¡*Fuego con fuego*!

Arabia se quedó casi tan sorprendida como ella. Había oído hablar de esa película innumerables veces después de su estreno, principalmente por sus compañeras de universidad. La inmensa mayoría había confesado su amor incondicional por Craig Sheffer, el protagonista. Zane tenía hasta recortes de revistas del actor en su habitación.

—¡Es tan guapo! ¡Mirad! Va a empezar ya. Sentaos, vamos. Jake, ¿puedes encargarte de las palomitas? Por favor... Y Louis, hoy no finjas que no te gusta la película, que no quiero distraerme. —En cuanto Emily regresó, se dirigió también a ella—. Date prisa, Emily. Va a empezar *Fuego con fuego*. ¿La has visto? ¡No podemos perdérmola! Jake está haciendo palomitas. Siéntate aquí con nosotras.

Arabia y Zane habían ocupado el sofá principal, el grande, que se situaba frente a la televisión. Louis también estaba allí sentado, pero se apretujaron para que cupiese uno más.

—La verdad es que no la conocía —confesó la aludida tomando asiento.

—¿No? Bueno, no importa. Hoy mismo vas a ponerle remedio. Te va a encantar, ya lo verás.

—Pero si tú ni siquiera la has visto —le recordó Arabia a Zane.

—Pero sé que es guay.

Arabia estaba feliz de ver a su mejor amiga feliz.

Jake apareció con las palomitas y se sentó en el otro sofá, con Derek.

Zane volvió a hablar:

—Mirad a Virginia Madsen, es guapísima, ¿verdad? —se interrumpió para gritar cuando apareció Craig por primera vez—. ¡Oh, Dios mío! ¡Es él!

—Zane, relájate un poco, ¿quieres? —dijo Jake, en apariencia molesto—. ¿Te has comido todo el dulce que había o qué?

—Pues casi —repuso ella riendo—. Vale, ya me callo. Me callo, me callo. ¡Es que es muy guapo! Perdón. Me callo, sí.

Emily y Arabia rieron con disimulo a pesar de todo. Zane era muy divertida.

—¿Pero has visto sus cejas? —comentó Louis refiriéndose también al actor—. Parece que no tenga separación, que sea una sola de ojo a ojo.

—¡Louis! Te lo he advertido. No protestes, por favor.

—Vale, pero, espera, ¿no se parece un poco a Jake? —Esta vez fue Zane la que tuvo que aguantarse la risa, aunque los demás no se quedaron atrás. Jake miró a su hermano pequeño arqueando una ceja, como advertencia para que no volviese a mencionar tal estupidez—. ¿O se parece a mí? —añadió invitando a todos los presentes a que juzgasen su valoración.

—Cállate de una vez —le dijo Zane dándole un codazo amistoso—. No me dejas oír nada.

Arabia pensó que Louis tenía razón con respecto a la primera teoría, pero no lo dijo. Se limitó a coger el bol de palomitas y a prestar atención a la película, que resultó ser un drama romántico. De hecho, no le gustó tanto como esperaba. Tenía entendido que era romántica hasta la médula, y para nada. Había más desdicha sobre el personaje de Joe que encuentros entre los dos protagonistas. La escena del baile le pareció muy lenta, eterna, pero no lo comentó.

Cuando llegaron a la parte de la caída al vacío, cerca del final, Zane y Emily ahogaron un grito. En ese momento, se dio cuenta de que Derek y Jake se habían quedado dormidos. Louis era el único chico que se mantenía expectante a la acción.

—Yo me habría desmayado durante la caída —dijo Zane por lo bajo.

—Yo también —secundó Emily.

Cuando por fin terminó, Zane fue la primera en levantarse y en ofrecerse a recoger los restos de las palomitas.

—¿Te llevo? —le preguntó Arabia a Emily.

—Gracias, Ari, pero no será necesario. Le pedí al chófer que fuese a dar una vuelta un par de horas y que regresase a por mí después.

—¿En serio? Pero si...

—Es que no quería molestarte. Además, es hora de que vayas a descansar. Ha sido una fiesta genial. Gracias por invitarme.

—Gracias a ti por venir.

—¡Sí! Gracias por venir, Emily —le dijo Zane—. Muchísimas gracias.

—No hay de qué, chicas. Espero volver a veros pronto.

—Puedes venir cuando quieras —añadió—. Aquí siempre eres bien recibida.

—¡Gracias! Lo tendré en cuenta.

Arabia abrazó a Emily para despedirse, y luego se dirigieron a la puerta con sigilo para no despertar a los del segundo sofá.

—Parecen buenos y todo así dormidos —bromeó Arabia.

—Bueno, por lo poco que sé —comentó Emily—, me da que muy malos tampoco deben de ser.

Arabia le sonrió, sorprendida porque la joven hubiese calado a los hermanos Becker sin apenas conocerlos. Porque no, no los conocía. Sabía muy poco de ellos como para otorgarse ese mérito, pese a lo mucho que los llegaría a conocer en el futuro.

La acompañó hasta el coche que la esperaba para asegurarse de que así era y luego regresó a casa. Al entrar descubrió a Louis lanzándose sobre sus hermanos para despertarlos. Como era de esperar, no les hizo ninguna gracia.

—Apártate antes de que te alcance el pescuezo.

Sonrió al escuchar a Jake mientras iba a ayudar a Zane con las últimas cosas que había que ordenar.

—¿Y Emily? —preguntó Derek.

—Acaba de irse —le contestó Zane—. El chófer de su padre ha vuelto a por ella.

—Ah.

—Qué fuerte que tenga chófer, ¿no? —comentó Louis.

—No es increíble siendo quien es —repuso Jake levantándose y desperezándose.

—No me imagino lo rico que uno tiene que ser para conseguir eso.

—No puedes imaginarlo de la misma forma que no puedes alcanzarlo.

—¿Y tú qué sabes?

—Créeme, lo sé. Aparta.

Jake empujó a Louis sobre el sofá que había ocupado para deshacerse de él, y su hermano le tiró un cojín por detrás como respuesta.

—¿Sabéis que sería genial antes de irnos a dormir? —preguntó Zane.

—¿Qué? —quiso saber Arabia.

—Una partida al Twister con mis tres hermanos —anunció.

—No, ni hablar. —Jake fue el primero en negarse.

—¡Por favor!

—No, no. Yo me voy a mi habitación. Ya me iba, de hecho.

—Por favor, hazlo por mí. Es mi cumpleaños...

—Jake no arriesga si sabe de antemano que no tiene nada que hacer —lo picó Louis.

—En eso tienes razón —lo secundó Derek.

—Perdona, ¿qué?

—Lo que has oído —añadió este último.

Zane miró a Arabia con diversión. Sabía que estaba a punto de conseguir lo que se proponía.

—No me lo puedo creer —continuó Jake—. ¿En serio?

—Bueno —lo interrumpió su amiga—, si se trata de una competición, puedo quedarme al margen y hacer de juez. Así no interferiré ni tendréis la excusa de poder hacerme daño, que seguro que ya habíais pensado en ella si os encontrabais en una posición imposible.

—Que no, que Jake no se atreve —volvió a decir Louis.

—Saca el juego —dijo entonces el aludido—. Os vais a enterar, maldita sea.

Zane aplaudió y fue a por la caja con rapidez. Sacó la lona y la preparó en el suelo. Derek empezó a hacer estiramientos y Jake se lo quedó mirando, con ironía.

—¿De verdad crees que tienes alguna posibilidad? —le preguntó.

—Vas a tener que tragarte el orgullo cuando pierdas, Jake. Piensa en eso antes de aceptar de manera definitiva.

—¡Eh! No —intervino Zane—. Ya no hay marcha atrás. Los tres habéis aceptado, así que adelante. Empieza Louis, por ser el más pequeño.

Era tardísimo, estaban cansados, pero aun así se quedaron jugando hasta las tantas. Arabia ayudó a Zane a verificar cada uno de los movimientos, y los hermanos estaban cada vez más y más apretujados por la complejidad de las posturas. Louis fue el primero en ser eliminado. Al competir contra dos chicos más robustos que él, no le daban espacio para poder colocarse en algunos puntos. Después de eso, Derek y Jake estuvieron haciendo lo imposible por cumplir con cada una de las órdenes. Cuando se encontraban en una posición de lo más comprometida, a Derek le tocó cambiar el pie derecho de un punto rojo a uno verde, justo en el otro extremo.

—¡Joder! —exclamó al percatarse de la dificultad.

—Ríndete —le dijo Jake tal y como estaba, arqueado, con las manos y los pies formando un arco apuntado—. Me está bajando la sangre a la cabeza.

—No voy a rendirme.

El mayor de los hermanos trató por todos los medios de llegar a su objetivo a pesar de la incómoda postura que lo obligaba a retorcerse. A Jake le empezaron a temblar las piernas, pero aguantó mientras su hermano maniobraba. Arabia empezó a ponerse un poco nerviosa al ver el bajo de su camiseta subiéndole por la espalda y dejándola al descubierto. Apartó la vista de forma instintiva.

—Rápido, siguiente —pidió cuando Derek consiguió lo que se proponía.

—Si no puedes más, dilo.

—Preocúpate por ti. Estás a punto de caerte.

—Estoy perfectamente.

—Mano derecha, rojo —dijo Zane.

—¿Qué?! —exclamó Jake—. Vamos, no me jodas. ¿En serio?

—¿Quién es el que tiene que rendirse ahora? —se mofó Derek.

Jake hizo lo imposible para posicionarse, retorciendo su cuerpo. Derek se movió sin querer y le golpeó uno de los brazos, haciendo que cayera cuando ya lo había conseguido. Los dos acabaron en el suelo.

—Gané —dijeron los dos al unísono.

—¿Estás de coña? —preguntó Jake al instante—. Me has tirado, eso es eliminación automática.

—¡Yo no te he tocado!

—¿Cómo que no me has tocado? Vosotras lo habéis visto, ¿no?

Pero Arabia y Zane no podían dejar de reír, y no estaban dispuestas a ofrecer su veredicto. Era mucho más divertido dejar que discutiesen.

—No me he jodido la rodilla por tu culpa como para que ahora vengas a decirme que no me has tirado.

—No hay ninguna prueba, Jake. Asúmelo. Te has caído, he ganado.

Por desgracia, Jake se lo tomó demasiado en serio. Se levantó, malhumorado, se recolocó la camiseta y se dirigió a las escaleras.

—Así es como siempre lo ganas todo —le espetó a su hermano antes de marcharse.

Arabia se preguntó a qué se había referido exactamente y Zane fue perdiendo la sonrisa a medida que se dio cuenta de que su hermano se había enfadado de verdad.

—Qué mal perder —dijo Derek para seguir con la broma.

—¿Por qué siempre se lo toma todo tan en serio?

—Porque así es Jake —le aclaró Louis—. Yo también me voy a la cama. Te espero arriba —añadió refiriéndose a Derek.

Volvieron a guardar el juego, ya de forma definitiva, y todos subieron a sus respectivas habitaciones.

Cuando Arabia y Zane se quedaron solas al fin, esta última la abrazó y le agradeció, una vez más, todo lo que había organizado para ella.

—Me lo he pasado en grande, Ari, de verdad. Eres la mejor.

—Me alegro. Tú te mereces lo mejor.

—Todavía no me creo que Derek haya venido para mi cumpleaños —dijo su amiga mientras se metía en la cama—. ¡Menudo regalo, Ari! Eso sí ha sido un regalo. No digo que el tuyo no me haya gustado, o el de Emily, pero ya me entiendes. Derek es... mi hermano favorito, tú lo sabes. Estoy tan feliz... Mañana pienso pasar todo el día con él.

Arabia se quedó sentada en su cama esperando a que Zane terminase de hablar. No tenía muy claro lo que iba a decirle, porque en parte tampoco sabía a ciencia cierta que sus suposiciones fuesen ciertas, pero sentía que tenía que hacerlo. Que Derek hubiese aparecido para la fiesta no había sido algo fortuito, ni cosa suya. Estaba casi segura de que no se equivocaba, porque de haber sido un hecho consensuado, ella habría sabido algo al respecto.

—Zane, verás... —empezó diciendo—, creo que Derek no ha venido de manera consciente.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que vive a más de dos mil millas de aquí, y yo no lo había avisado de que haríamos esta fiesta.

—Pero si... ha venido por eso, ¿no?

—Sí, claro, pero alguien ha debido de avisarlo, ¿no crees?

—Te refieres a que... tú...

—¡No! ¡Yo no! Jake. Tu hermano ha debido de pedirle que viniera. Se había olvidado de tu cumpleaños, ¿recuerdas? Se lo dije anoche, antes de venir a dormir, y parecía arrepentido. Creo que por eso ha hecho lo imposible para que pudieras pasar el fin de semana con Derek.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

—Pero... no me han dicho nada. Derek ha dicho que... Bueno, no ha dicho nada de Jake. No ha mencionado que él...

—Como si no lo conocieses, Zane. Jake no es de los que se cuelgan la medalla. Jake lo único que quiere es que estés bien, cueste lo que cueste. Nunca mejor dicho...

Arabia ya había pensado en el coste del vuelo de Derek. Ella no había viajado apenas en avión, pero se hacía una ligera idea porque Derek había hablado de ello alguna vez, sobre la diferencia entre coger un vuelo anticipado o precipitado.

—Tienes razón. No me había parado a pensarlo. Soy un desastre, Ari. Ni siquiera le he dado las gracias por pasar el día conmigo, y se lo he dicho hasta a Louis.

—Sinceramente, no creo que le importe. Yo solo te lo comento porque... creo que deberías saberlo. Lo que ha hecho por ti. Es un gesto muy bonito.

—Es mucho más que eso... Trataré de compensarlo estos días, de algún modo, aunque no se lo diga para que no se apure, que lo conocemos.

Arabia rio.

—Sí, lo conocemos.

Se fue a dormir pensando en aquella última frase, y en lo que había dicho Emily horas atrás, sobre que Derek y Jake no podían ser muy malos. Sin duda, ahora que se habían hecho buenas amigas, iba a tener tiempo para descubrirlo.